

DON MANUEL CAMO

Huesca, 26 (9 mañana)

A las siete y media de la mañana de hoy ha fallecido, después de larga enfermedad, el senador vitalicio, jefe de los liberales de esta provincia, D. Manuel Camo.

Empiezan á llegar telegramas de pésame de sus numerosos amigos y correligionarios. Su entierro será una verdadera manifestación de duelo.



D. Manuel Camo dedicó toda su vida á la política, militando en las filas del partido posibilista hasta que D. Emilio Castelar licenció sus huestes. Aun entonces, el señor Camo, que era un fervoroso y entusiasta amigo del gran orador, se resistía á ingresar en los partidos monárquicos, y pretendía que el Sr. Castelar se resolviese á hacerlo antes para seguir á su jefe y ser un soldado disciplinado que por respeto y por cariño no le abandona nunca, ni siquiera cuando se acoge á otra bandera.

Ante las amistosas indicaciones de Castelar, Camo ingresó en el partido liberal, y en sus filas ha seguido militando hasta su muerte.

Hombre de un trato social admirable y sencillo, logró sumar tal número de simpatías en la provincia de Huesca, que sin exageración puede decirse que era el verdadero y único árbitro de aquella comarca.

Adoraban en él, y en honor suyo debemos decir que nunca abusó de esta adoración, y que, siendo el amo de Huesca, no fué nunca su «caoque».

Tenia, en sus últimos tiempos, á gala decir que, después de cuarenta años de vida política, ningún Gobierno español se había acordado de él para ofrecerle «un mal cintajo». En cambio ostentaba con orgullo el botón de la Legión de honor.

Hace algún tiempo que se sentía molesto por una afección renal. Agravada su dolencia, el día 12 del corriente recibió don Antonio Aura Boronat, su íntimo amigo, un telegrama en el que le rogaba que acudiese á su lado. El día 14, el Sr. Aura estaba junto al enfermo, á quien rodeaban muchos amigos.

Y tantos tenía y tan adictos, que hubo entre ellos un verdadero pugilato para velar al enfermo, que precisó distribuir entre todos esta distinción, y que, al fallecimiento del Sr. Camo, aún no había correspondido á la mayoría el cumplimiento de este triste deber que se había impuesto.

La provincia de Huesca, con el fallecimiento del Sr. Camo, ha de llorar una desgracia, y el partido liberal monárquico una dolorosa y muy importante pérdida.

POR ESOS MUNDOS

Chateaubriand y Víctor Hugo

De un interesante artículo que ha consagrado Luis Barilhou en la *Revue Bleue* á las relaciones de Chateaubriand y de Víctor Hugo, entresacamos algunos párrafos de las cartas cruzadas entre los dos grandes poetas.

El 29 de Febrero de 1830 escribió el autor de *El genio del cristianismo* al autor de *Los miserables*:

«He asistido á la primera representación de *Hernani*. Ya conocéis la admiración que os tengo. Mi vanidad se adhiere á vuestra lira, ya sabéis por qué. Yo me marcho: vos

llegáis. Me recomiendo al recuerdo de vuestra musa. Una gloria piadosa debe rogar por los muertos.»

Víctor Hugo fué derrotado cinco veces en las elecciones para entrar en la Academia. Chateaubriand, que siempre votaba en su favor, le escribió una vez:

«Vuestros últimos versos aumentan mi pesar; pero en la Academia somos tan viejos que no tendréis que esperar mucho tiempo.»

Víctor Hugo envió á Chateaubriand la poesía titulada «La vuelta del Emperador», con esta carta:

«Señor vizconde: al cabo de veinticinco años sólo quedan las grandes cosas y los grandes hombres, Napoleón y Chateau-

briand. Permitid que deposite estos versos á vuestra puerta. Desde hace mucho otorgasteis una paz generosa á la sombra augusta que los ha inspirado. Permitid, señor vizconde, que os los ofrezca como una nueva prueba de mi antigua y profunda admiración.»

Dos días después contestó Chateaubriand: «Yo no creo en mí, no creo más que en Bonaparte.»

El fué quien hizo y escribió la paz que me otorgó en Santa Elena. Vuestro último poema es digno de vuestro talento. Comprendo, mejor que nadie, la inmensidad del genio de Napoleón, pero con las reservas que vos mismo habéis hecho en dos ó tres de vuestras odas más bellas. Cualquiera que

sea la grandeza de una reputación, siempre preferiré la libertad á la gloria.»

Sin embargo, en la segunda serie de las *Cosas vistas* se lee este juicio, no muy cariñoso, de Víctor Hugo sobre Chateaubriand: «Odiaba todo lo que podía reemplazarle, y sonaba á todo lo que pudiese hacerle echar de menos.»

NOTAS PREFERENTES

Plata Madrid Cubiertos y servicio de mesa
AMORES Y GUINEA - Barquillo, 28

DE CERCA INTERIOR



Encontré la íntima tertulia ocupada en examinar alguna de las preciosidades que guardan las vitrinas Luis XV. Gertrudis Segovia tenía entre sus dedos un abanico, ya viejo pero aún cortesano, como las rosas de la pintura tizianesca, las que todavía lucen su bermejez en el lienzo tres veces secular. Su padre, el conde, llevábase al oído un reloj de esmalte, juguete parisino del segundo Imperio: sutilísima música sonaba bajo la tenue tapadera. Otras gentes inquirían el secreto ingenioso de diversas filigranas arcaicas ó exóticas. Amontonábanse en una mesa los estuches; un minúsculo relieve en barro, capricho del escultor Salcillo, descansaba en la monstruosa panza de un idolo oriental que parecía un sapo: víboras encantadas formaba un retorcido cordón de perlas; se mezclaron las sortijas, las peñas, figurinas de caolín, un vaso etrusco con huellas del musgo. El versallesco armario despoblábase; sus estantes lucían el verde velludo comparable al césped de una pastorela por Wateau. Gertrudis Segovia me dijo, entregándome la joya hecha con raso que decoraba una escena al gusto del neoclasicismo de David, con nácar y una princesa árabe:

—Este abanico fué un regalo de la mujer de Carlos IV á mi tatarabuena.

Al mismo tiempo que me donaba la histórica curiosidad, con la mano libre oprimía un llamador. En el rectángulo de la puerta asomó un criado de frac, la pechera abombada, los brazos péndulos, con el remate de los guantes blancos. Gertrudis ordenó que sirvieran el te. A los pocos instantes paladeábamos la infusión que el poeta denominó crepuscular, en torno á un tablero granadino, á la luz que descendía, irisándose, de una araña ampulosa y hueca como un mirriñaque de vidrio. Gertrudis distribuía los pasteles y unos dulces de cocina que la aristocrática damisela aprendió á confeccionar en la sevillana tierra. Queriendo alabarlos, el prestigioso dramaturgo Almela, allí presente, refugióse en el recuerdo de D. Juan Valera, cuyo ingenio espolvoreó en tantas ocasiones la habilidad de las andaluzas para esto de aderezar confituras monjiles. Humeaba con vaguedad el rojizo líquido.

Encendimos cigarros. La blanda tibieza del gabinete penetraba en nuestro espíritu, derramábase por el cuerpo y lo acariciaba. Venía de lejos el armónico rumor de un piano. La alfombra hacíanos fingir la ilusión de que flotábamos en suave nube, como los dioses olímpicos. Llenaba el aire un perfume impreciso y tenaz. Multitud de cuadros cubrían las paredes; en un caballete ofrecíase la carnosidad y la magnificencia de una tabla de Rubens. Regio trozo de brocadel tapizaba un ángulo. Varias plantas de invernadero daban sus flores que semejan de porcelana, de tela ó de metal. La charla transcurría con una placidez de sonrisa, alrededor de las tazas con su policromía japonesa. ¡Este halago de tomar el te, hora confidencial y frívola, con su rito hurtado al culto de remotas costumbres, saciedad de la indiferencia, momento el más impresionable del día, neurótico atardecer en que las mujeres de Prevost cuentan sus derrotas sentimentales, sin mover la cabeza, ya peinada para la noche, y jugueteando con los pies que calzan las chinelas del baño!

Pregunté á Gertrudis Segovia si preparaba un nuevo libro de versos, como el que publicó en el otoño. Con su ceceo bético, mostrando la infantil albura de sus dientes, respondió Gertrudis que andaba en la edición de un volumen de cuentos dedicados á los niños. Tengo en mucho los escritos de Gertrudis Segovia. Porque, si no perfectos y definitivos en cuanto al rasguear de la pluma, alcanzan extraordinaria delicadeza, reveladora de púdicos sentimientos femenales. Deboto la manía de casi todas nuestras *bas bleu* por erguirse en el corro de los machos, y hasta vencerles en audacia y reciedumbre. Son como las «Reverte» de la literatura. Y las pobrecitas, ignorando las soledades de muchos hombres en compañía, y las de un hombre, se complacen en describirnos la soledad de nosotros con ellas. Rimas del escándalo, sus firmas. Histerismo, indolencia, despego, pedantería candorosa, equívocas intenciones... sus obras. Y siempre ambicionando el condado que premió los excelsos méritos de la Pardo Bazán, y por conseguirlo abandonan los honorables títulos con que nacieron. Muy al revés de las monjas, Gertrudis Segovia voca en el

papel la fragancia de su alma. En ese concepto, la señorita de Casa Segovia resulta un agudo psicólogo de su sexo, puesto que se pinta á sí misma. La mejor nota de su lira está en una afición maternal por los bebés. Antes los cantó en diáfanas estrofas de la escuela que sublimó Herrera. Intenta hoy despertarles á la risa con unos maravillosos relatos de hadas, gnomos, sifos, dragones, princesas y príncipes.

Vida interior; así debían rotularse las mágicas historietas. Mientras el ejército de las escritoras desenfadadas persigue lo externo, incluso en la victoria, Gertrudis reza á Santa Teresa, que aconsejele en su estudio único; y escucha á los rapaces. El tomo de fantasías, que va á lanzar, se compuso en el amoroso y abrigado retiro donde en aquel instante sorbíamos el te. La contenida fastuosidad, el saborcillo rancio, la rareza de los abanicos y los marfiles, el eco de músicas próximas, el regalo sensual sin exceso de la señorial camarera, refléjense en las páginas que adorna la caligrafía aprendida por Gertrudis entre las madres de Loreto. Al abrir el volumen han de esparcirse tantos alquitarados olores...

He querido hacer un alto en la marcha periodística, y reposar á la sombra de los rosales. Ya me agradecerás, lector, que te guíe y luego te suelte en el laberinto de las lindes inventadas por Gertrudis Segovia con el fin de educar y entretener á tus chicos. Buen donativo de estrenas, el libro ese del mundo feérico. Firmes alabanzas se tributen á esta doncella, morena y sevillana, que divierte á los niños con el saber de los grandes, y á los grandes embaucados con pasteles y confituras, como á los niños. Verdad, que á esto obliga la tradición española; porque si en Don Íñigo López de Mendoza y en Garcilaso, el hierro de la lanza no embotó la pluma, tampoco los deliquios estorbaban las preocupaciones domésticas de la alcadesa de Pastrana. Una vez, oi yo decir que el inolvidable Valera complaciase en platicar á menudo con Doña Emilia Pardo Bazán, sobre ciertos escondidos secretos del arte culinario celta, creador del pote...

Federico GARCIA SANCHIZ